

Colección Ariel

n.º 26

PRECIOS:

El número suelto..... 10 cénts.
La serie de cinco números.. 50 »
La serie de diez números... 1 colón
El abono se hace adelantado

PUBLICACIÓN ECONÓMICA

DE ESCOGIDA LITERATURA
INTERNACIONAL, ANTIGUA Y MODERNA
EN FOLLETOS DE 32 PÁGINAS
DIRIGIRSE A LA CASILLA 533

El servicio de las ideas y de los ideales

CONTENIDO

	Pág.
ENCICLOPEDIA LAROUSSE.— <i>Los castigos físicos en la Escuela</i>	I ✓
MANUEL MAGALLANES MOURE.— <i>Final de otoño</i>	9 ✓
ROBERTO BRENES MESEN.— <i>Una escena</i> ...	11 ✓
RODOLFO BAUMBACH.— <i>Ranúnculus</i>	17 ✓
JOHN RUSKIN.— <i>Los musgos</i>	24 ✓
SULLY PRUDHOMME.— <i>Los ojos</i>	25 ✓
JUAN M. GUYAU.— <i>Lo que sobrevive</i>	26 ✓
ENRIQUE FERRI.— <i>Las ideas marchan</i>	27 ✓
VALENTIN LETELIER.— <i>La eficacia docente de la prensa</i>	28 ✓

Noviembre de 1908

San José, Costa Rica
IMPRENTA DE AVELINO ALSINA
1908

PUBLICACIONES EXTRANJERAS
que "ARIEL" recomienda vivamente
á los estudiosos:

L'Universita Popolare. Revista quincenal de vulgarización de ideas, dirigida por el abogado Luis Molinari. Vía Carlos Poerio, 38. Milano (Italia).—El abono anual para el exterior es de L. 6.50 (seis liras y y media).

Dictionnaire La Chatre. Enciclopedia popular.—Librairie du Progres, 3, rue des grands Augustins. París.—El precio de cada cuaderno es de 50 céntimos.

La Revue intellectuelle des faits et des oeuvres. Organo racionalista mensual.—El abono anual es de frs. 7.50 (siete francos y medio).—Editor: Schleicher Frères, 61. Rue des Saints Peres. París.

Les documents du progres. Revista internacional dirigida por el Dr. Rodolfo Broda.—Casa editora Felix Alcan, Editor.—108 Boulevard Saint Germain. París.—El abono anual es de 12 francos.

Les Temps Nouveaux. Semanario de propaganda libertaria, dirigido por Juan Grave, en París.—4, rue Broca. París.—El abono anual para el extranjero es de 8 francos.

Larousse Mensuel Illustré, dirigido por Claudio Augé, es un excelente registro de informaciones útiles.—Lo edita la Librairie Larousse, Paris.—Vale cada cuaderno 60 céntimos.

Pagine Libere. Revista quincenal, editada en Lugano (Italia).

En otros números seguiremos recomendando otras importantes publicaciones extranjeras.

COLECCIÓN ARIEL

Nº 26

✓ Los castigos físicos en la Escuela (*)

(Traducido de *L'Encyclopedie Larousse* para ARIEL, por el Licenciado don Alberto Brenes).

La *Encyclopedie Larousse*, que consta de 17 grandes volúmenes, por el sano y elevado espíritu que la anima y por la vasta y correcta información que contiene, constituye el más hermoso monumento erigido á las ciencias y letras del siglo XIX.

Los castigos físicos no debieran tener legítimo lugar, aun á título de excepción, en los sistemas de penalidad escolar. Deben desterrarse tanto de la escuela pública como de la privada, sin distinción entre el uso moderado y el abuso de tal castigo: no se debe, bajo ningún concepto, dejar ese instrumento en manos del maestro. Este es uno de los primeros principios de la Pedagogía racional. El castigo físico suele presentarse como un medio de acción rápido y seguro sobre la voluntad del niño, medio que cada uno tiene siempre á su disposición, y cuyos efectos inmediatos pueden ser apreciados por cualquiera, dando en la apariencia resultados satisfactorios. Lo que no se ve es el mal que de allí se origina y que consiste esencialmente en el daño que se causa á la dignidad de las personas. El institutor que usa castigos físicos desconoce la naturaleza compleja del niño,

(*) Estas excelentes observaciones sobre el castigo corporal también pueden referirse á los niños en el hogar. Cuando se dice «maestro» puede pensarse también en «padre de familia.»—(N. del E.)

quien es ya, como lo hace notar Rousseau, un hombre ó una mujer en pequeño. Aquél descuida la personalidad que existe en el niño y las facilidades que ofrece para obrar con eficacia sobre el mismo. No se preocupa de las heridas que causa ni de las reacciones que sus actos provocan. En vez de despertar las fuerzas que dormitan, las aniquila tanto como puede, deteniendo de ese modo su primera y espontánea manifestación, é impidiendo su normal desenvolvimiento. En una palabra, habitúase á tratar al niño como á un simple animal, no dirigiéndose á su tierna razón y á sus sentimientos propiamente humanos, sino á su sensibilidad puramente física, esforzándose en crear en su espíritu, como se hace con el animal, asociaciones empíricas entre los golpes recibidos y los actos que han sido objeto del castigo. Si la educación no es otra cosa que el desarrollo de la personalidad del niño, esto es, del desenvolvimiento de las facultades que distinguen al hombre del animal, y si esas facultades no pueden desenvolverse si no es mediante su ejercicio, es evidente que los castigos corporales van contra el objeto mismo de la educación. No tienden á elevar sino á rebajar al niño, y nadie de seguro sostendrá que son aptos para inculcar el sentimiento de la dignidad personal. Nadie dirá tampoco que son á propósito para fortificar ese sentimiento en el maestro, quien al tratar á su discípulo como á un simple animal, es decir, sin consideración y sin respeto á las facultades intelectuales y pasionales que constituyen la personalidad, rebaja necesariamente la clase de obligaciones que los unen y la autoridad que ejerce sobre el discípulo. Ahora, claro está que no puede menguar lá autoridad que ejerce sin rebajarse á sí mismo. Los castigos físicos hacen del gobierno escolar un puro despotismo: no es el honor, no es la virtud el principio de tal gobierno; es el temor. Se hace preciso que ese principio sea siempre activo, hácese necesario que el miedo obre de continuo en el corazón del educando; se hace indispensable que la amenaza esté fija en la mirada,

en el tono de la voz, en las palabras del maestro, y, para que las palabras sean eficaces, se requiere que la temida mano esté siempre lista para la ejecución. Los castigos corporales cuando mejores resultados dan, embrutecen al niño por el temor en un todo físico que mantienen en él, y que llega á ser el gran móvil de sus abstenciones y de sus actos; y embrutecen á la vez al maestro por los hábitos de grosera violencia que le hacen contraer.

Hay otros sentimientos que esos castigos hieren profundamente y tienden á destruir tanto en el discípulo como en el preceptor. A ese número pertenecen los sentimientos de benevolencia, de dulce afección, de amistad, de generosidad. No es solo el respeto lo que perece, respeto mútuo y respeto de sí mismo; es el segundo elemento pasional de la moralidad humana, el amor. El niño que recibe los golpes y el maestro que los da, no pueden amarse. Es natural que se conviertan en enemigos. Nótese que la punición escolar al convertirse en corporal, toma la forma misma del mal y de la maldad, tal como se les ve en las relaciones de los hombres entre sí, y no solamente de los hombres sino también de todos los seres vivos. Cuál es en efecto lo primera y más generalizada noción del mal, sino la idea del sufrimiento físico? Y cuál es la primera y más general noción de la maldad, sino la de la criatura que emplea su fuerza en hacer sufrir á otra criatura más débil? Difícil parece que el niño pueda asociar la idea de «bondad» con la idea de «maestro», por haberle causado lo que, deshecho en lágrimas, considera como un mal.

Es conforme á la naturaleza de las cosas que los castigos corporales exciten, mucho más que los de otra clase, en el niño que las recibe, movimientos de cólera, raptos momentáneos de odio contra el maestro que se los inflige. Esto es, por decirlo así, fisiológico, y arraiga en el fondo mismo de nuestra naturaleza animal. Tal cólera, tal odio puramente animales, toman un carácter particular de intensidad, debido al sentimiento muy humano de humillación, á menos de que el embrute-

cimiento no haya sobrevenido. Existe también reacción de la personalidad: el niño castigado en su cuerpo siente no solo el dolor físico, sino también la ofensa, el sentimiento de la cual subsistiendo aún después que el dolor físico ha cesado, mantiene la cólera é impide que se extinga. Verdad, sin embargo, que ella no dura mucho tiempo porque las impresiones, tan vivas y tan mudables en la edad temprana, se reemplazan rápidamente y se olvidan con facilidad, unas por el influjo de otras. La infancia tiene el don feliz de olvidar el mal. Mas si los castigos corporales se repiten, los movimientos de cólera que ellos provocan repítense también, y, por la repetición, forman, poco á poco, una disposición, una tendencia pasional, un hábito, un estado constante del espíritu. Es el odio propiamente llamado así.

El odio no es natural en el niño, y no es sin algún trabajo, como nuestra civilizada educación puede producir ese mónstruo; pero ella al fin alcanza su objeto. El discípulo puede llegar á detestar á su maestro con toda su alma y con toda su fuerza.

El maestro, por su parte, llega á experimentar odio verdadero por el indócil discípulo, que se ve obligado á castigar con frecuencia con la mano ó con un instrumento cualquiera; lo que resulta también de la naturaleza de los castigos físicos. Cada cual puede observar que existe una asociación instintiva y espontánea entre la emoción de la cólera y la acción de golpear. El maestro, á quien se concede la facultad de emplear semejantes castigos, casi siempre usará de ellos en los momentos de viva irritación; de modo que, el derecho de castigar físicamente, llega á ser para él el derecho de abandonarse á la cólera delante de sus discípulos, hallándose autorizado para no hacer ningún esfuerzo á efecto de mantenerse en posesión de sí mismo, y creyéndose dispensado de la obligación de ser y manifestarse hombre razonable. Peligroso es que de ese modo los instintos de brutalidad y de ferocidad que dormitan en ciertas naturalezas, y aún puede decirse, en todo

hombre bajo el influjo de la vida civilizada, encuentren ocasión propicia de despertarse y alcanzar desarrollo. El libre vuelo y desenvolvimiento de estas inclinaciones inferiores, en el maestro, son el resultado casi fatal de la facultad de infligir castigos físicos, lo que es fácil de comprender, si se atiende á que en virtud de la asociación natural que une la cólera y la acción de golpear, ellas pueden ser recíprocamente causa y efecto una de otra. El maestro que ha comenzado por golpear fríamente se excita y se enardece por los golpes que da; y así, el acto llama y sugiere la cólera con la cual se halla en relación constante. Conviene tener en cuenta, además, que esa clase de castigos una vez permitidos, se aplicarán á los mismos discípulos con creciente rigor; progreso inevitable que no viene sólo del humor del maestro, quien llega á ser cada vez más impaciente é irascible, sino también de los hábitos de dureza y de intensidad que en él se acentúan y que le dominan cada vez más, y del desenvolvimiento de sus instintos de brutalidad; todo lo que puede explicarse por la obstinación irritante que encuentre en sus discípulos, y con la cual le es necesario estar en lucha continua.

Hemos dicho que los castigos corporales se presentan como medio de acción rápida y segura sobre la voluntad del niño; y cierto es que van rápidamente y por el camino que parece más corto á su objeto particular; pero lo alcanzan de manera cierta? Esto no es siempre así, pues sólo se realiza cuando son aplicados las primeras veces: repetidos, pierden gran parte de su eficacia primitiva. El hábito, ha dicho Bichat, encallece la sensibilidad. El institutor no tarda en apercebirse de la exactitud de este aforismo fisiológico. El niño á quien se castiga con frecuencia, se habitúa á los golpes, los teme cada vez menos, y los sentimientos que le impulsan á la resistencia pronto se sobreponen á ese temor debilitado. La resistencia del discípulo indócil puede entonces tomar ó la forma activa de la rebelión provocante y llena de odio, ó la forma pasiva de la resignación inerte y

desesperante; y en ambos casos para vencer la resistencia necesario es que el maestro halle nuevos procedimientos de castigo, más duros, más dolorosos, más temibles. O bien, en fin, se conduce fría, sistemáticamente, por mero cálculo de inteligente crueldad, ingeniándose para encontrar verdadero suplicio.

Uno de los reproches que hemos hecho á los castigos de que se trata, es el de constituir un medio de gobierno escolar demasiado simple y fácil, es la infancia del arte pedagógico; y es vergonzoso atenerse á él y pretender que no puede abandonarse, así como sería vergonzoso para los hombres de Estado decir que no podrían gobernar sino mediante el estado de sitio. Tal método sería de *nulo refinamiento*, como se dice del despotismo, método consistente en golpear á un pobre niño para obligarle á hacer lo que se quiere. Un maestro inteligente y de buen corazón no debe tener de su profesión una idea tan baja que le obligue á adoptar esta divisa de los tiranos: «Oderint, dum metuant». (Que me odien con tal de que me teman). Debe saber que en todo niño por malo que parezca, hay otros móviles que pueden ponerse en juego distintos del temor de los golpes, y que es sobre estos móviles y por su medio, como debe ejercerse la acción educadora. Una obediencia fundada en el respeto, en la confianza y en el afecto es la que debe esforzarse en alcanzar, siendo por consiguiente inútiles los castigos corporales. Debe saber del propio modo que si llega á inspirar odio y desprecio al educando, pierde toda influencia, toda autoridad moralizadora, llegándose á encontrar impotente para cumplir su oficio de educador, escollo que conviene evitar á todo trance.

Es preciso notar que el método simple y bárbaro del castigo físico, ofrece tentaciones peligrosas, precisamente á causa de su facilidad. Una vez introducido en la escuela, de seguro que allí dominará por completo, pues el institutor que lo tenga á su disposición y que lo pueda aplicar sin incurrir en censura, no se tomará el trabajo de hacer distinciones, de imponerse límites, de buscar y

experimentar otro método y de comenzar por otros medios de corrección. Tal es el efecto de la rutina y la pereza. Queréis que tome su misión de educador serio? pues no le dejéis un medio tan tan grosero de acción que le dispense de tentar iniciativas inteligentes y esfuerzos elevados; quitadle de la mano ese látigo que está tentado de coger á cada momento, con el cual se habitúa á contar y que muy luego le parecerá que basta para todo; hacedle que mire como uno de sus principales deberes el organizar la disciplina de la escuela sobre otra base. No se crea que conviene establecer el castigo corporal como excepción; puesto que aún así, una vez permitido no es fácil que permanezca dentro de estrechos límites y muy pronto llegará á constituir la regla general. Ni se ensaye tampoco á trazar un deslinde teórico entre el uso y el abuso: la precaución sería inútil desde luego que es el maestro quien forzosamente tiene que juzgar acerca de abuso, constituyéndose por tal modo en juez de su propia causa, y no faltándole nunca excelentes motivos para encontrar legítimo lo que otros podrían tomar como abusivo.

Conviene no echar en olvido el respeto y consideración de que el maestro necesita gozar, para cumplir bien su cometido. Estos elementos son indispensables para mantener la disciplina escolar: pues bien, para asegurarlos es necesario no permitir que el maestro se deslice por la pendiente fatal del castigo físico, é impedirle cometer excesos. Por otra parte, es claro que la aludida corrección expone la autoridad del maestro á entrar en conflicto con la de los padres de familia; y si sucede, como no es raro, que la opinión pública se ponga de lado de los padres, la buena reputación del maestro está seriamente amenazada. No es prudente entonces quitar todo motivo y pretexto de críticas é inconvenientes acusaciones que no es fácil, aún siendo infundadas, aniquilar por completo? Conviene tener presente, además, que la opinión pública tiene ya bastante intervención en esta materia, como un resultado

natural del progreso de las costumbres liberales y democráticas del mundo moderno.

Los que admiten la legitimidad del castigo mecánico en la escuela, asimilan enteramente la autoridad de los maestros á la de los padres. El padre, se dice, delega en el maestro todo su derecho, y en éste se halla comprendida la facultad de emplear, si fuere necesario, semejantes castigos. Este es el argumento que invocan los pedagogos alemanes. Pero la confusión que ellos establecen entre la educación doméstica y entre la educación escolar, no resiste el examen. Cierito es que la familia delega su autoridad en la escuela; pero esta autoridad experimenta ciertas modificaciones en razón de las circunstancias nuevas en que se ejerce, y precisamente con motivo de ser delegada. «La autoridad, dice muy bien el señor Baine, se manifiesta en un principio en la familia, la cual la trasmite con ciertas modificaciones á la escuela». La comparación entre estas dos instituciones es instructiva: el padre subviene á todas las necesidades de sus hijos al mismo tiempo que ejerce sobre ellos una autoridad casi ilimitada. Esta autoridad se halla morigerada por el afecto, el cual implica un conjunto de relaciones benévolas y supone desde luego un número limitado de niños. El maestro no tiene que subvenir á las necesidades de sus discípulos y se le paga por los cuidados que por ellos tiene, siendo su única función darles una instrucción definitiva. Los elementos necesarios al afecto faltan á su autoridad, porque el número de niños en que se ejercita es demasiado considerable, y la comunidad de intereses muy limitada. Resulta de estas diferencias que si el padre puede creerse con derecho á infligir castigos físicos á sus hijos, no puede transmitir al maestro tal derecho, siendo así que no puede transmitirle al mismo tiempo sus sentimientos de benevolencia y su cariño que atenúan su excesivo rigor. El poder discrecional de que el padre se encuentra naturalmente investido y que es en un todo adaptable á las condiciones múltiples, complejas y variables de la

educación doméstica, no podría ser objeto de delegación sin reserva, y la restricción que esta delegación lleva consigo y que conviene imponer, es precisamente la prohibición de los castigos corporales.

El tono moral é intelectual de una nación depende más ó menos de la manera como ocupa sus ratos de ocio. Dadas las diversiones de un pueblo, no es difícil determinar su carácter. *W. F. Ainsworth.*

✓ Final de otoño

Agoniza en el mísero aposento
la llama del hogar. Un melancólico
fulgor oscila al pie del blanco muro
y alumbra tristemente los contornos
de las combadas vigas. A intervalos
sopla el viento sus lúgubres rezongos
por entre las rendijas de la puerta,
y entonces las cenizas lanzan rojos
destellos que en la sombra se dilatan
como miradas de terror, que á poco
se estinguen en un súbito desmayo.

Cae la lluvia, rómpense los chorros
en las sonoras charcas y chasquean
las gotas que con ímpetu rabioso
arroja el vendabal contra los vidrios.

En la sórdida estancia, al melancólico
resplandor de la lumbre agonizante,
hundidos en sus lechos haraposos,
los viejos hablan pausadamente.

Dice el anciano como en un sollozo:
«A la tarde, hoy he visto desprenderse
las postrimeras hojas. Poco á poco
cayeron y como aves moribundas,
trazaron amplios círculos en torno
de los desnudos árboles. El cierzo
vino después y las echó al arroyo.
Entonces yo las ví como subían

y bajaban flotando sobre el dorso de la fugaz corriente. Un calofrío estremeció los descarnados troncos cuyos ganchos sin hojas se agitaron en un espasmo convulsivo, como si fueran á romperse...»

Con voz suave

la anciana dice tristemente: «Somos en nuestra soledad como los viejos árboles sin follaje. En el otoño de la vida perdimos nuestras galas. Del cierzo de la muerte al frío soplo cayeron nuestros hijos, como al viento caen las hojas otoñales. Solos estamos en el campo de la vida como esos negros y torcidos troncos que las rachas combaten. Uno á uno se fueron nuestros hijos al ignoto país adonde van viajeros pálidos que no vuelven jamás. En el otoño de la vida, como árboles, perdimos nuestro follaje único... Los troncos volverán á cubrirse en primavera de nuevas hojas verdes y nosotros por siempre nunca recobrar podremos nuestras hojas caídas...»

En el lóbrego

aposesto la llama moribunda del hogar se apagó; los bulliciosos chasquidos de la lluvia se extinguieron; del viento se acallaron los rezongos, y en medio del silencio de la noche, los dos viejos, tendidos en el fondo de la estancia sin luz, permanecieron mudos también. Y sus abiertos ojos se dilataron en la negra sombra, y mirando sin ver, en cruel insomnio se quedaron pensando en otros tiempos...

... Cuando vertía el sol sus rayos de oro sobre el limpio aposento y era buena la vida y florecía el campo y todo respiraba contento. Cuando alegres resonaban los cánticos sonoros

de los rubios muchachos que jugaban
entre las flores del jardín y en torno
del alero volaban gorjeando
risueñas golondrinas...

Cuando el alba
filtró un ténue reguero luminoso
por el resquicio de la puerta, siempre
los dos viejos, tendidos en el fondo
de la estancia sin luz, permanecían
mudos y sin cerrar sus turbios ojos.

Manuel Magallanes Moure (*)

(*Zig-zag*, Santiago de Chile, 11 de agosto de 1907.)

Hay una íntima conexión entre la moralidad pública y el gusto público.— *Coleridge*.

✓ Una escena

(De un poema en preparación titulado **Satán y Prometeo**.)

(El viejo mar se echa en la playa y con sus grandes ojos azules contempla el horizonte, mientras las caricias de seda perfumada del viento juegan con sus salados cabellos de espuma caídos sobre su fulgurante dorso. Una red sutil de luna se ha tendido sobre el dilatado cabrilleo de las olas. Mario, paseándose en la playa á espaldas del mar, divisa la blanca y diminuta vela que viene hendiendo la red sutil de luna, bajo el cristal sereno de la urna de los cielos. Una pareja de gaviotas corta en dos la tibieza del aire que se ha acostado melancólicamente sobre la superficie de las aguas. Descansa en el paisaje un reposo que apenas se agita como un aliento de mujer.

Poco á poco se acerca á la playa un eco trayendo entre sus labios sonoros el rumor acompasado de

(*) Referencias y más poetas de este autor véanse en el N^o 13 de ARIEL.

unos remos: se ha plegado la vela y viene la barca derecha á las arenas. No hay muelle en la vecindad. Tres palmadas rasgan la inquietud de aquella espera. La arena de la playa abraza la quilla de la barca y la detiene. Mario llega y con el agua á la rodilla toma de la barca, entre sus brazos, el flexible, suave, tibio cuerpo de una mujer. «Esperad»—exclama Livia á los remeros, y del brazo de Mario, sobre el cuerpo moreno y negligente de la playa va á perderse entre las palmas murmurantes que ensombrecen la ribera).

Livia.—Una vez más, como lo soñaba, estaré contigo bajo el encanto de la música de las palmas.

Mario.—Has notado cuánta solemnidad hay en sus frases musicales?

Livia.—Habrás que detener este instante, ante nosotros, como se detiene á un ave por las alas, para que no se aleje tan presto de nuestro lado.

Mario.—Pero si está por delante la vida!

Livia.—Querrás decir que otras noches semejantes con sus cabellos olorosos á reseda, sentadas junto al mar, pondrán en nuestras sienas una corona de ilusión y de luna, en nuestras manos las perfumadas manos de las horas que surgen del fantástico imperio de la dicha, en nuestras almas este jardín de nobles deseos que rompen como los lirios de los ríos, á flor de agua?

Mario.—Está resuelto, Livia. Lo que tu tienes atado por las alas es mi pensamiento. Yo siento en mi una fuerza poderosa que me empuja á un ignorado, pero luminoso reino donde seré grande, siendo sabio y bueno, si puedo entonces, reclinándome en tu pecho, escuchar las gloriosas trompetas de los heraldos de tu amor. Tu pensamiento, tu lenguaje tienen para mi los encantos de una misteriosa fuente que murmura no se que secretos de vida, empapados en un zumo de ensueño que me producen la divina embriaguez que fecunda y que crea. Me parece que sin ti las arenas de esa playa, las infinitas arenas de todos los desiertos cayendo en el vacío silencioso de mi vida no lo llenarían jamás.

(Unas voces, como bajando de las palmas, repiten: «No lo llenarían jamás»).

Livia (encantada y temerosa).—Lo oíste? Otra vez las palmeras repiten tus palabras. Volvamos á la playa. (Un chal de seda cubre los hombros de Livia. Mientras avanzan por la arena Mario toma un extremo del chal. Las olas salpican con su espuma la falda del meditabundo silencio que camina entre los dos).

Mario.—Las he oído bien.

Livia.—Es la tercera vez que esas mismas voces repiten tus palabras.

Mario.—Es la primera que las oigo. Comprendiste su sentido?

Livia.—Oh muy bien, muy bien... Comprendí que te decían: Existe una ribera florecida del otro lado dese mar endonde ahora se agita tu vida y te llama esa ribera sacudiendo en el aire un delantal de primavera, todo lila, todo embalsamado de violeta...

Mario.—Calla, Livia, calla. Cuando la idea de perderte asoma al borde del abismo endonde va hundiéndose mi palpitante corazón, hay un algo quejumbroso en mi que llora copiosa, inconsolablemente, como una planta de banano herida en la mitad del tallo. Está resuelto, nos quedaremos aquí: acabará también por callar la florida ribera que me tiende sus brazos del otro lado del mar.

Livia (con ironía).—Cuán bien dicho está. Sí, enjaulemos el águila de alas poderosas mientras cantan entre las hojas de las palmas los armoniosos jilgueros del amor. (Más seria). Que calle y languidezca y se desespere el águila de tu ambición; porque morir... no morirá sin haberte llevado suspenso de sus garras hasta la tienda de ensueños de la muerte. Esa águila devoraría antes todos los jilgueros del bosque de palmeras. Tu ambición tarde ó temprano mataría nuestro amor y cuando para él viniese la caída de las hojas, con la frente entre las manos se sentaría en tu camino sin salida la Tristeza, sobre mi cielo no dejaría de graznar fatídicamente el Remordimiento. Mario, es preciso separarnos, tú para alejarte

hacia no se que sitios de belleza, de verdad y de armonía; yo, para mirarte crecer desde mi retiro, para adorarte en la bella quietud de mi vida, que el tiempo dejará escurrir entre sus dedos, como se escurren por entre los nuestros las fosforescentes aguas de estas olas.

Mario.—Desde hace días sabía que esas palabras me vendrían de tí.

Livia.—Las deseabas?

Mario.—Las temía. Pero no las esperaba con esta inexorable frialdad de tu inteligencia que me hace padecer; ya no encuentro en las amadas inflexiones de tu voz el timbre halagüeño de tu amor. Yo no se que rumor de jardines abandonados, ni que vago bálsamo de marchitas rosas flotan en el agua fluyente de tus frases.

Livia (con irónica tristeza).—Es verdad, mi querido: son tus palacios de onix, tus salones de seda, tus mármoles, marfiles y perfumes los que han seducido mis ojos y embriagado mi corazón. Solo por ello han volado hasta tí mis hermosos 25 años.

Mario (besándola con pasión).—Cruel encantadora, calla. Que se ahogue desde ahora el porvenir en el infinito vaso de aguas amargas que rebosa ante nosotros.

Livia.—Mario, Mario, no he venido en mi nave serenada de luna, con una vela de anhelo, para tenderme en la florecida ribera de tu vida como una ola devastadora que infiltre la amargura de los sodios y los yodos en la raíz de los laureles con que tejaremos las coronas de tu mañana; yo quiero ser un par de alas de alcón fijadas sobre tus hombros para dejarte cruzar por entre las convulsas palpitations del corazón de la borrasca, con la solemne serenidad de esas aves procelarias que pasan como grandes, mansas y blancas ideas durante el furor de las humanas tormentas. He venido para entregar en tus manos y en tu corazón un balsámico adiós surgido del alma, como se eleva en el aire la musical fragancia de las corolas de los jazmines.

(En este instante la brisa se hace sonora y se oye entre las vibrantes hojas de las palmeras el cántico

de las olas desterradas de la orilla, el divino cántico de las olas desterradas de los hombres).

Livia (emocionada).—Oye, cuan bella la canción de las palmeras, viene empapada de soledad y de luna á verter una melodía más en la cabellera de luz y de música de esta hora que enlazando las manos á la altura de sus ojos parece que quisiera decirnos: «No puedo ver las lágrimas en los angustiados párpados de vuestra despedida».

Mario (conmovido).—Oh, esa hora no llegará. No está presente. No quiero yo las alas del alción, sino la vela sin pliegue y sin mancha de tu nave para que impulse la mía junto á la tuya en las aguas crepusculares de la tarde y del mar. Tu eres más grande y más fuerte que yo. Para bogar hacia el ensueño de la dicha me servirán tus brazos de remos y se desplegará tu pensamiento como un velámen de ámbar con rumbo á lo ignorado, más allá de los sonantes arrecifes donde cantan las penas el naufragio del amor.

(De nuevo las voces de las palmeras repiten las últimas palabras de Mario... El naufragio del amor).

Livia (con espanto).—Una vez más las voces!

Mario.—Ahora lo he comprendido bien: es la charla del eco. Por qué temes?

Livia (como si escuchara una voz consejera á la distancia).—Porque nuestra separación se alzaré entre los dos como un amplio y denso banco de arena endonde los dos contemplaremos el naufragio de nuestro amor.

Mario (con afectuosa ironía).—Adorada vidente, por qué no auguras menos melancólicos presagios? Te repito, no nos separaremos nunca!

Livia (como impulsada por una inspiración repentina).—No habrán llevado las olas muy lejos el eco postrero de mi voz cuando esa nave cuyo timón regirá un benévolo destino, se llevará mi vida hacia el jardín abandonado, donde una noche, entre la frescura y los rumores de los árboles, me hablaste de tu amor y de tu ambición de ciencia. Esas devoradoras ansias de sabiduría te

alejarse de los hombres como ahora te alejan de mi corazón. Por encima de tí, sin embargo, se extenderá mi vida como un cielo bello y sereno de donde tu mirada pueda extraer la inmensa paz azul de tu confianza en mí y en tí. En donde quiera que levantes los ojos encontrarás el esplendor tranquilo de mi pensamiento que te envuelve y te sigue como la quieta luz del blanco planeta del amor que corona los crepúsculos é ilumina dulcemente los senderos. Hemos de separarnos y teníamos que encontrarnos! Ahora entiendo que soy un instrumento de tu destino! Cuando él puso tus miradas en las mías sabía que yo debía exprimir las más nobles fuerzas de mi corazón dentro del tuyo para regar en él las raíces de tu resolución, débiles todavía. He sentido que era esa una misión y la cumplo con amor. Continuarás levantándote sobre el horizonte de mi existencia, como un joven y ardiente sol de primavera. Cuando mires levantándose otros soles semejantes piensa que hay por bajo del horizonte algún corazón sangrando y piensa entonces en mí. Estoy segura de que tu pensamiento vendrá á buscarme en la frescura del jardín, bajo los rumores de los árboles. El cuervo de un mal recuerdo no agitará sus alas entre nosotros. Bien sabes que hemos pasado por encima de todos los impuestos que gravitan sobre el inocente amor y no obstante sólo te he entregado mi corazón, de tí sólo he recibido generosos pensamientos que han ennoblecido lo mejor de mí ser. En nuestra presencia siempre ha estado alta y trasparente la virtud, como una torre de cristal. (*Acercándose cariñosamente á Mario*). Ahora bésame en los labios y en la frente y dime adios.

Mario (la besa y le tiende la mano).—Irá mi alma reclinada en tu vela murmurando para tí las palabras profundas que mi labio no sabe decirte. Ven! te dejaré en la nave. (*Los dos se dirigen á la barca. La espuma de las olas salpica la túnica del silencio enlunado que camina entre los dos. Mario llama á los barqueros y deposita el cuerpo de Livia en la banca de popa. La barca comienza á alejarse,*

como una ave de mar. Durante algunos momentos se oyen los golpes rítmicos de los remos. Se hinche la vela como el cuello de un ave que canta. Mario, en pie sobre la arena de la playa, contempla la barca iluminada por la luna y por la estrella refulgente de su amor).

Roberto Brenes Mesén

1908.

La verdad os hará libres — *Epicuro*.

✓ Ranúnculus

Hubo en cierta ocasión un joven maestro, que á pesar de sus pocos años, era tan sabio y tan instruido, que los mismos siete sabios de Grecia, si hubiesen abandonado el mundo que habitan para venir á discutir con él, se hubieran quedado como se quedaban los muchachos de su escuela ante su sabiduría.

Una hermosa mañana de primavera, salió nuestro maestro de paseo, para ver no solamente como crecían las plantas, pues como estábamos en pleno mayo se puso á admirar cómo esas hadas del aire que se llaman mariposas, dejaban sus polvillos de oro en el cáliz de las flores y á oír cómo los grillos en las hierbas, los pájaros en las ramas de los árboles y las ranas en el riachuelo, cantaban en coro la eterna canción, el canto de las nupcias. Entónces pensó en su pueblo natal, el que abandonó hacía ya muchos años, para seguir la carrera del magisterio. Por su mente pasó el talle esbelto y los ojos negros como el azabache de su novia, una chiquilla que lo quería con toda el alma.

Al siguiente día el maestro tomó bastón y equipaje y con el corazón henchido de alegría, partió para su aldea. Al cabo de tres días de buen caminar, divisó por entre los floridos cerezos, las azu-

les pizarras que cubren el techo de su ciudad natal, mientras que el viento le traía á sus oídos el alegre repicar de las campanas.

—Si me reconocerá? se preguntó.

—Difícilmente; y aún yo mismo tendré mucho trabajo en reconocer á la niña que dejé hace ya tanto tiempo y la cual tiene hoy diez y ocho primaveras. Pero aquellos sus ojillos negros no se me olvidan jamás y me harán encontrarla. Si por acaso la veo sentada en su butaca al lado de la ventana, entro á saludarla, que todo lo demás vendrá por sí solo.

El maestro de pura alegría, arrojó su sombrero al aire y una exclamación de gozo salió de sus labios. Receloso de que lo hubieran oído, miró á todas partes para ver si encontraba á alguien que hubiese sido testigo de su alegría, pero fuera de un murciélago que volaba presuroso á esconderse en su agujero, no vió á nadie en la vecindad.

Con el corazón que se le quería saltar de gozo, caminaba el pobre maestro por las estrechas calles de su pueblo. El repicar de las campanas había cesado, y en su lugar se oía una alegre música campestre. Unos novios acompañados de su séquito venían por la calle principal. El novio era un joven y garboso aldeano, quien parecía orgulloso del paso que acababa de dar. La novia venía vestida de blanco, con su corona de azahares, la que involuntariamente la hacía mirar hacia abajo. Una vez, sin embargo, alzó la vista y unos ojillos negros como el azabache denunciaron al pobre maestro quien era la *desposada* y nuestro hombre con el corazón lacerado, se volvió por el mismo camino que momentos antes había recorrido gozoso.

Era el mediodía, La llanura se veía esmaltada de verde y oro. Por donde quiera que corría un arroyo ó saltaba una cascada, el sol desparramaba millares de millares de puntos luminosos. Cualquiera se habría sentido dichoso en medio de tanta luz. Solamente el maestro de escuela se sentía enfermo, y por eso caminaba con las manos puestas sobre los ojos.

Al cabo de cierto tiempo, se le unió otro viajero, el que á juzgar por lo empolvado de sus botas, debía haber hecho un largo viaje.

—Mi buen amigo, le dijo el extranjero, por lo que veo os molesta la luz del sol.

El maestro respondió que sí.

—Mira, buen hombre, le dijo el otro, para eso no hay nada mejor que unas antiparras grises como estas que uso yo. Pruébalas y verás; y juntando los hechos á las palabras, se quitó las que él tenía puestas y se las ofreció. Nuestro hombre consintió de buena gana y se puso las antiparras. En realidad, le hacían mucho bien á sus cansados ojos. Con ellas el sol había perdido su esplendor; la pradera con sus flores amarillas y rojas, los árboles, las plantas y hasta el mismo cielo se habían vuelto de color gris, y esto le hacía mucho bien á su enfermo corazón.

—Vendéis vuestras antiparras? le preguntó al viajero.

—Están en buenas manos, le contestó éste. Además llevo conmigo unos cuantos pares más. Señor maestro, consérvelas Ud. como un recuerdo de mi parte.

—Ah! entonces Ud. me conoce. Podría yo saber á quién tengo el gusto...?

Me llamo Griesgam—Hasta luego! Y al concluir estas palabras tomó por un camino lateral en donde muy pronto desapareció.

Ya habían pasado muchos años desde que tuvo lugar este acontecimiento. El maestro se había vuelto un viejo solterón y cada día que pasaba se hacía más sabio á fuerza de tanto estudiar. Casi todas las mañanas salía á dar su paseo, pero ni el verdor de los árboles ni los brillantes colores de las flores existían para él. Su único placer, si es que esto puede llamarse así, consistía en coger las plantas, secarlas, prensarlas, ponerlas en un pliego de papel y escribir debajo sus correspondientes nombres en latín.

En uno de estos paseos llegó el maestro á un valle, en donde serpeaba un arroyo, cuyas aguas movían un molino. Tenía sed, y le preguntó á

una anciana que estaba sentada en el quicio de una puerta si no tenía algo que darle á beber. Contestóle esta que sí, y lo invitó para que entrara y se sentase. Pocos momentos después, una fresca muchacha ponía sobre la mesa leche y pan. Al maestro le pareció que la muchacha era bonita, pero el color gris de sus antiparras no le permitía cerciorarse de la verdad y no quiso quitárselas por temor de que la luz del sol le molestase los ojos. En silencio tomó lo que le sirvieron y cuando fué á pagar, la hija del molinero no aceptó nada. Después de estrecharle la mano, se despidió de ella y de nuevo se internó en el bosque. Sin duda contenía éste algunas plantas raras, porque apenas habían pasado tres días, cuando ya nuestro hombre se presentaba como huésped en casa del molinero, y al cabo de unas cuantas visitas más, ya lo contaban entre el número de los verdaderos y buenos amigos. A la abuelita le llevaba azúcar, café y otras muchas golosinas; al molinero lo entretenía con amenas y variadas conversaciones, y solamente á la hija del molinero no le dirigía la palabra, y se contentaba con admirar la hermosura de aquella flor campestre.

Un precioso día de verano, al tomar el camino que debía conducirlo á su casa, observó que un topo había caído en una trampa y que el infeliz pugnaba en vano para librarse de la muerte. El maestro movido por su buen corazón, soltó al prisionero y lo puso sano y salvo en tierra. Después cada cual continuó su camino.

En la noche de ese mismo día, aconteció que estando sentado el maestro en su cuarto de estudio con la ventana abierta, entró un murciélago. Esto, como se vé, nada tiene de particular, pero sobre el murciélago cabalgaba un hombrecillo tan pequeño como un dedo de la mano, el cual, después de haberse apeado de su cabalgadura, hizo una inclinación de cabeza en señal de mucho respeto.

—Qué buscas aquí? preguntóle con amabilidad al pequeñuelo. Vete donde un narrador de cuentos y no molestes á la gente que trabaja. El hombrecito

no se desconcertó por esta acogida y acercándose más fué á sentarse al borde del tintero.

—No me despidas, dijo, solo quiero hacerte bien por haberme librado hoy de la dificultad en que me encontraba. Yo soy el topo que libertaste en la trampa.

—Ah! y quién eres tú? le preguntó el sabio al hombrecillo, mientras lo examinaba al través de sus gafas grises. El hombrecito tenía una figura fina y delicada y portaba una casaca azul y gorra color de oro.

—Soy el genio de las praderas y me llamo Ranúnculus, dijo el enano. Mis sirvientes son los encargados de cuidar las hierbas y las plantas. A unas las lavan con gotas de rocío, á otras las peinan con rayos de sol y á las otras, en fin, les llevan las sustancias alimenticias. Entre estas últimas estaba ocupado en el trabajo esta mañana y había tomado la forma de topo para no ser conocido, cuando tuve la desgracia de caer en la trampa de la cual me libertaste y ahora vengo aquí para darte las gracias y prestarte al mismo tiempo un gran servicio.

—Cuál es? le preguntó el maestro.

—Tu eres un gran sabio y en prueba de ello es que conoces las flores y las plantas que crecen en las montañas, en los bosques y en los campos, pero aún no conoces á una linda flor.

—Cuál? preguntó con ansiedad.

—Es la flor que llaman *Alegría del corazón*.

—En realidad esa flor no la conozco.

—Pero yo sí, dijo Ranúnculus y quiero indicarte donde se encuentra. Toma el camino y quiero indicarte corre el arroyo cuyas aguas mueven el molino y vé hasta el lugar donde nace la fuente y verás como brota de una roca. En ese mismo lugar se encuentra una gruta, que el pueblo llama la «Gruta del Mochuelo» y en la entrada misma, es en donde crece la flor *Alegría del corazón*. Debo, eso sí, advertirte que solo el domingo de la Trinidad y en el mismo momento en que nace el sol, es cuando florece. De modo que si estás allí en ese instante, bien puedes cogerla. Has entendido bien?

—Perfectamente.

—Entonces sed feliz, dijo, y de un salto se montó en su murciélago, el cual desapareció volando por la abierta ventana.

El maestro se quedó largo rato pensativo y después de menear de un lado á otro la cabeza, se puso á leer un libro viejo, que por cierto estaba encuadernado en pergamino.

Dos días después de este acontecimiento, á eso del anochecer, estaban sentadas en la pradera que hay frente á la casa del molino, la hija del molinero y la abuelita. En tanto que la rueca zumbaba con el mucho dar vueltas, la abuelita le contaba á la niña, que en otros tiempos la señora Perchta tenía una hiladora muy hábil llamada Flachs Knoten y á quien un hada había convertido en hilos de oro. También le refirió la leyenda del hermoso príncipe que duerme á la entrada de la Gruta del Mochuelo. Este príncipe, decía, solamente es visible cada cien años, y según cuenta la tradición, si una doncella besa tres veces al hermoso durmiente, el encanto desaparece y la niña recibe en cambio un magnífico tesoro. Estas y otras leyendas de duendes y gnomos le contaba la anciana á la linda muchacha, mientras que ella hilaba y torcía entre sus blancos dedos el hilo, que iba formando en grandes ovillos. En el cielo titilaban las estrellas y la atmósfera que estaba saturada del perfume de las flores campestres, hizo que pronto se cerraran de sueño los ojos de la aldeanita, y se fueron á dormir.

Durante la noche, no se sabe si fué un sueño, pero es lo cierto que un hombrecillo vestido de casaca azul y gorra color de oro, se le acercó al oído y le dijo:

—Dichosa niña, para tí y para ninguna otra es el tesoro de la Gruta del Mochuelo. Mañana es el día en que el dormido príncipe será visible al amanecer; estará en la entrada de la gruta y si no tienes miedo, vé y bésalo tres veces en la boca, con esto deshaces el encanto y te ganas el tesoro. Debo, eso sí, advertirte, que ántes de que hagas desaparecer el encanto, no hay que pronunciar ni

una sola palabra, porque de lo contrario se hundiría de nuevo el hermoso durmiente para esperar otros cien años. Esto fué lo que el geniecillo Ránunculus le murmuró al oído á la doncella.

La muchacha despertó del sueño y se frotó los ojos para convencerse de que no dormía. Un olor aromático á heno fresco llenaba la alcoba y por una rendija de la ventana, se veía el amanecer. La valerosa muchacha se levantó inmediatamente y se vistió. Cautelosamente abandonó la casa paterna y corriendo se dirigió á la Gruta del Mochuelo.

En las ramas de los árboles los pájaros comenzaban á despertarse y cantaban á media voz para irse limpiando la garganta. Una blanca neblina se levantaba del suelo y subía en espirales por las montañas, donde las copas de los más altos pinos aparecían como con aureolas doradas. Por fin llegó la hija del molinero á la entrada de la gruta, y en realidad, tal como se lo había dicho el pequeño gnomo, allí estaba recostado sobre un lecho de musgo el dormido príncipe.

Casi da un grito de sorpresa, pues el durmiente tenía mucha semejanza con el maestro de escuela y aún portaba gafas grises montadas en la nariz. Por fortuna, se acordó de la recomendación del enano y con el corazón que se le quería saltar, se acercó al dormido con la firme resolución de liberarle del encanto, lo que le pareció más fácil de lo que se había imaginado. Se inclinó todo lo más que pudo, para besar al dormido. Este hizo un movimiento como de quien va á despertarse. Pronto la doncella lo besó por segunda vez. Nuestro hombre vió entonces al través de sus antiparras grises aquella celeste aparición, quien lo besaba por tercera vez.

Fué tal la ligereza con que se levantó el dormido, que las gafas se le cayeron, rompiéndose en mil pedazos en las piedras del suelo.

Después de tanto tiempo de verlo todo gris, pudo ver de nuevo á la alegre primavera bañándose en los rayos del sol; á las flores con sus vivos y abigarrados colores, al cielo azul, y en medio de

tanta magnificencia, á una doncella más linda que una rosa de mayo y tan delicada como un lirio y loco de alegría la tomó entre sus brazos y le devolvió los tres besos que ella le había dado y muchísimos más.

En una flor amarilla color de oro estaba sentado Ranúnculus, quien saltaba de contento. Había cumplido su palabra. Ya el maestro, su protegido, había encontrado la flor de la alegría, y la hija del molinero su tesoro.

Rodolfo Baumbach (*)

(Del libro *Sommermärchen*)

Traducción y envío del Doctor Francisco E. Fonseca.

La patria está donde se ama; la familia, donde uno es amado.
— *Barón de Nervo*.

✓ Los musgos

Hemos encontrado belleza en el árbol que produce un fruto y en la yerba que produce un grano. Qué decir de la yerba sin grano, de ese liquen de roca, sin fruto, sin flor? Qué decir del liquen y de los musgos? Aunque ellos sean en su exuberancia frondosos y ricos como la yerba, permanecen, sin embargo, para la mayoría de las gentes, como las más humildes cosas verdes que viven. Humildes criaturas! primeros dones misericordiosos de la tierra, son como un velo de silenciosa blandura puesto sobre la desnudez de las rocas monótonas! Criaturas poseídas de piedad, tienden sobre la desgracia de las ruinas un estraño y tierno ennoblecimiento, posan sus dedos tranquilos sobre las viejas piedras vacilantes para enseñarles el reposo!

(*) Referencias y otros lindos cuentos de este buen autor alemán pueden hallarse en los Nos. 18 y 19 de ARIEL.

No conozco palabras que puedan decir lo que son estos musgos. No las conozco bastante delicadas, bastante perfectas, bastante ricas. Como hablar de las redondeces esmeraldinas, frondosas, resplandecientes; de las estrellas con florescencias de rubíes, con un bordado tan fino que se diría que los Espíritus de las Rocas pueden hilar el pórfiro como nosotros lo hacemos con el vidrio; de las redecillas de plata, entremezcladas y de los encajes de ámbar, lustrosos, arborescentes, que se muestran pardos á través de cada fibra en un bordado de seda tornasol, espléndida y caprichosa: y sin embargo se mantienen tranquilos y recogidos y formados únicamente para las más dulces y más sencillas obras de misericordia. Ellos no serán recogidos, como las flores, para guirnaldas ó prendas de amor, sino que el pájaro silvestre con ellos hará su nido y el niño fatigado, su almohadilla.

Y así como ellos fueron el primer don misericordioso de la tierra, también serán el último. Cuando todos los otros servicios de las plantas y de los árboles nos lleguen á ser inútiles, los musgos delicados y el liquen gris comenzarán entonces su fúnebre vigilia en torno de la piedra sepulcral. Los árboles, las flores, las yerbas que ofrecen sus tributos, cumplen su misión por un tiempo, pero ellos la realizan eternamente. Árboles para el depósito del constructor, flores para la alcoba de la desposada, trigo para los graneros y musgos para la tumba.

John Ruskin ()*

(De *Modern Painters*. Traducción de ARIEL.)

Los ojos

Negros ó azules, acariciados por un hálito de amor, rodeados por misterios de hermosura, ojos

(*) Referencias y más páginas escogidas de este excelente escritor inglés pueden hallarse en los Nos. 13 y 14 de ARIEL.

innúmeros contemplaron las claridades refulgentes de la aurora, y duermen hoy en el fondo de las tumbas... y el sol se levanta todavía.

Las noches, más suaves y dulces que los días, maravillaron con la luz de sus silencios melancólicos una pléyade de ojos infinitos: éstos cubriéronse de sombras... y las estrellas brillan siempre en la bóveda azul!

Oh! que aquellos ojos perdieran su mirada de caricia! que aquel fuego no alumbrara más! oh no! eso no es posible: vueltos hacia recónditas auroras invisibles ellos calientan los hogares desolados.

Y así como los astros rutilantes nos dejan, inquietos y perdidos vagabundos del inmenso cielo, las pupilas tienen su ocaso, pero no es verdad que mueran!

Negros ó azules, bellos y amados, abiertos fijamente hacia una inmortal aurora, desde los confines de ultratumba, los ojos que suavemente hemos cerrado nos aman y nos miran todavía!

Sully Prudhomme

(Arreglo de C. M. J.)

Si tenéis necesidad de matar para ser patriotas, cazad lobos, poned trampas á las garduñas y á las ratas. Más vale librar de ellos al país que degollar á hermanos vuestros.—*Boucher De Perthes.*

√ Lo que sobrevive

Lo que ha vivido verdaderamente una vez, revivirá; lo que parece morir no hace más que prepararse á renacer. Concebir y querer lo mejor, intentar la hermosa empresa del ideal, es convidar á él, es arrastrar hacia él todas las generaciones que vendrán tras de nosotros. Nuestras más elevadas aspiraciones, que parecen precisamente las más vanas, son como ondas que, habiendo po-

dido llegar hasta nosotros, llegarán más allá que nosotros, y talvez, reuniéndose, amplificándose, conmoverán al mundo. Estoy bien seguro de que lo que tengo en mí de mejor me sobrevivirá; no, ni siquiera uno solo de mis ensueños se pierda talvez, otros los recogerán, los soñarán después de mí, hasta que se concluyan un día. A fuerza de olas moribundas llega el mar á modelar sus orillas, á dibujar el lecho inmenso en el cual se mueve.

Juan M. Guyau

Las ideas marchan

Es evidente que el tratamiento del criminal político solo es posible cuando hay hechos materiales, pues para las ideas que tenga, sean reaccionarias ó revolucionarias y para su propaganda pública no puede haber mas que una libertad absoluta; y el solo remedio de las ideas son las ideas mismas.

Felizmente, la prisión y las cadenas pueden aplicarse á los individuos, pero no á las ideas, que marchan siempre, apesar de todo; ellas caen, hojas secas del árbol de la vida, si son falsas; pero ellas viven si son verdaderas, á través de todos los obstáculos y con su heterodoxia. (1)

Enrique Ferri

Eminente publicista italiano.

(De *La Justicia Penal*).

Si la prodigalidad está lejos de ser una virtud, la economía está muy cerca de ser un vicio: atrofia el espíritu, destruye la alegría de vivir y la fuerza para el trabajo y desarrolla la hipocresía.—
Alejandro L. Kielland.

(1) No conformidad con las ideas religiosas reinantes.

Eficacia docente de la prensa

Una educación puramente espontánea, adquirida insensiblemente en el curso accidental de la vida, va enriqueciendo nuestro espíritu con una suma inconmensurable de conocimientos prácticos. Su labor puede hacerse á escondidas, pero sus resultados no dejan tarde ó temprano de manifestarse.

Es lo que hace, por ejemplo, la prensa, cuya eficacia docente no se aprecia de ordinario sino por sus frutos.

No hay doctrina, por abstrusa que sea, que no logren los diarios vulgarizar cuando toman á pecho defenderla y predicarla. Aun allí donde la lectura de los diarios es tarea ó entretenimiento de muy pocos, la prensa difunde sus doctrinas en brevè tiempo hasta los últimos confines, porque se vale de los que la leen para trasmitirlas á los que no las leen.

Cuando los tiranos se encarnizan en su persecución, no hacen más que reconocerla como medio incontrastable de enseñanza; y si los repúblicos la juzgan baluarte de las libertades, es por la incomparable aptitud de que está dotada para difundir y hacer amar la verdad, la justicia y el derecho.

Valentín Letelier

(De la *Filosofía de la Educación*).

En las oscuras dificultades de la vida es endonde el hombre valiente encuentra su verdadero camino.—Máximo Gorki.

LIBROS RECIBIDOS

Claros de Alma, de Lino Argüello.—Imprenta del Comercio. Costa Rica.—1908.

Don Roberto Valladares, por el autor, nos ha enviado este librito de versos. Damos las gracias. Ya está leído; para nuestro gusto las mejores composiciones del conjunto son las tituladas: *Míos...*, *A una triste*, *En viaje*, *A un ciprés*. En todas ellas resplandece un delicado sentimiento artístico, prometedor de otros poemas futuros más intensos y más bellos.

Los editores F. Sempere y C^ª, de Valencia, son de los que no descansan en su noble tarea de poner los libros de los mejores autores del mundo al alcance de las más modestas fortunas, enriqueciendo cada día su preciosa colección de «Libros populares» á peseta el tomo.

Ultimamente nos han remitido tres obras, que seguramente alcanzarán tanto éxito como todas las que edita tan acreditada casa.

La circulación de la vida, por Jacobo Moleschot, traducción de J. González Llana.—Dos tomos.

Gran revuelo causó en el mundo científico esta obra del célebre biólogo holandés, siendo causa de innumerables debates, de los que no pudo salir más airoso el autor.

La circulación de la vida es un libro de ciencia al alcance de todas las inteligencias, en que su autor defiende con tesón las doctrinas de la escuela darwiniana, avalorándolas con los modernos descubrimientos, los cuales expone con gran sencillez y claridad.

Un sueño de amor, novela social, por Leda Rafanelli. Traducción de J. Prat.

La autora es muy conocida en Italia por sus campañas en pro de la liberación de las clases proletarias, y en especial de la dignificación de la mujer obrera.

Su última obra es una preciosa novela, un estudio psicológico de un corazón femenino que á pesar de sus despreocupaciones sobre el actual ambiente que rodea á la sociedad, sucumbe víctima del más tirano de los tiranos: el amor.

El rey sin corona, drama, por Saint-Georges de Bouhélier. Traducción de Carmen de Burgos Seguí.

Cuando se estrenó este drama en París, el llamado *gran mundo*, puso de su parte todos los medios posibles para hacer el vacío alrededor de la obra de Bouhélier por su tendencia antiburguesa, pero esta insidiosa campaña no dió ningún resultado, por cuanto el verdadero público, la masa, le dió su aprobación, tributando grandes ovaciones al autor y asistiendo al teatro siempre que se representaba su obra, que duró mucho tiempo en los carteles.

Todos estos libros llevan en la cubierta el retrato del autor y se venden á peseta el tomo en todas las librerías.

NOTA: Si alguno de los suscritores de ARIEL, en el campo, por algún motivo tiene que ausentarse en diciembre del pueblo en donde hoy reside, que avise adonde quiere que se le envíe el número próximo de esta publicación.